

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

(Catedral metropolitana de Badajoz, (26 de junio 2026)

Queridos hermanos y hermanas, particularmente los que de un modo u otro estáis vinculados a la Obra: ““El Señor os dé la paz!”.

Como todos los años nos reunimos en esta Catedral metropolitana de Badajoz para dar gracias al Señor por San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Tal vez el aspecto más sobresaliente de su enseñanza es, como hemos escuchado en la oración colecta, la llamada universal a la santidad, a la vida en Cristo. De hecho, sus homilias enseñan que cualquier persona puede encontrar a Dios en medio de las ocupaciones diarias, viendo el trabajo profesional y las circunstancias habituales como un lugar de encuentro cotidiano con Cristo.

San Josemaría nos enseña que la santidad no es algo reservado a unos cuantos que podríamos llamar “privilegiados”, sino que se puede vivir en todas las situaciones y vocaciones a las que hemos sido llamados: en el trabajo, en la familia, en el día a día; como laicos, como consagrados, como sacerdotes. La santidad es la misma para todos y cada uno ha de responder a esa llamada desde las situaciones concretas en las que vive. El camino de la santidad ha de ser recorrido según el don recibido y la misión que nos ha sido encomendada. Es lo que el Papa Francisco llamada la santidad *de la puerta de al lado*. Actualizando este mensaje bien podemos decir que San José María nos invita a dejarnos encontrar por Dios -pues es Él la fuente de toda santidad, por ser el sólo santo-, no solo en los momentos extraordinarios, sino también en los momentos ordinarios de la vida.

Esta llamada a la santidad forma parte de la esencia misma del mensaje del Evangelio. Jesús nos ha dicho “sed santos como vuestro Padre es santo” (.....), por lo que siempre ha estado presente a lo largo de la historia de la Iglesia, cuya historia es ante todo una historia de la santidad. Pero hemos de reconocer, también, que no siempre ha sido presentada con el mismo énfasis y universalidad. Fue el Concilio Vaticano II que afirma explícitamente la llamada universal a la santidad en la Iglesias. La Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, así lo expresa: «todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad, según las palabras del Apóstol: ‘Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación’ (1 Ts 4, 3)». Por lo tanto, «todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 11). San Josemaría conocido como “el santo de lo normal”, recordó a la Iglesia la doctrina “vieja y nueva”, recogida en el documento conciliar.

La santidad a la que estamos llamados consiste en la unión con Cristo. La alegoría e la vid y los sarmientos es particularmente expresiva: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, el que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer” (Jn 15, 5) La primacía de la gracia es el principio teológico esencial en todo proyecto de vida cristiana y en toda programación pastoral en el seno de la Iglesia. Hay que superar la posible tentación de pensar que los resultados dependen de nuestras capacidades y esfuerzos. El esfuerzo humano es inútil sin la ayuda de Dios: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas» (Sal 127,1). Recordemos también el episodio de la pesca milagrosa que hemos escuchado en la lectura del Evangelio, cuando los discípulos no han recogido nada después de haber estado bregando toda la noche (cf. Lc 5,5). Confiando en la

palabra de Jesús, Pedro echa las redes, y se produce la pesca milagrosa. Es el fruto de la humildad y de la fe, de la confianza en el Señor, de la acción de la gracia.

San Josemaría también nos enseña el valor del trabajo. Llamados también nosotros a *guardar* y *cultivar* la tierra (*Gen* 1, 15), las tareas manuales o intelectuales son oportunidades para santificarse, santificar a los demás y transformar la sociedad. El trabajo nos hace partícipes del acto creador del Señor y solidarios con los demás. No podemos ser de aquellos “ocupados en no hacer nada” (*2Ts* 3, 11).

Finalmente quiero subrayar que el lugar para nuestra santificación es el mundo. Los cristianos estamos llamados a actuar como "luz, sal y fermento", introduciendo los valores del Evangelio en la sociedad sin aislarse del mundo. Entre sus enseñanzas más celebres está la afirmación que Dios ama este mundo. En lugar de huir de las realidades materiales, los creyentes estamos llamados a vivirlas con plenitud y un "amor apasionado" para transformarlas desde dentro y ofrecerlas a Dios. San Josemaría se definía a sí mismo como “un sacerdote que ama apasionadamente el mundo”. El mundo no es solo una realidad a la que hay que estar atentos, es una realidad amada por Dios –tanto amó Dios al mundo que nos entregó a su hijo” (*Jn* 3, 16) sino una realidad a la que hemos de amar. No podemos evangelizar aquello que no amamos.

Que San Josemaría nos inspire a vivir la fe en lo cotidiano, igual que él hizo, confiando en la presencia de Dios en cada momento. Que su ejemplo nos impulse a ver cada momento como una oportunidad de amor y de servicio confiando en la gracia de Dios.